

Concepto económico de salud mental: indagación exploratoria

Pablo E. Levín

*Lic. en Economía Política (UBA), Doctor en Ciencias del Desarrollo (CENDES, UCV)
Prof. Consulto, Facultad de Ciencias Económicas (UBA)
E-mail: penlevin@gmail.com*

*“Ten el valor de valerte de tu propia razón, sapere aude:
tal ha de ser el lema de la Ilustración.”*

Emmanuel Kant, ¿Qué es la Ilustración?, 1784.
(Frase tomada por Kant de las *Epístolas* de Horacio).

Introducción

Este pequeño ensayo explora el beneficio que ofrece a la teoría económica *extender* los conceptos de la Economía Política para abarcar los relativos a la salud mental. Apuesta así a despertar interés en el campo de la Psiquiatría, y abrir una instancia de diálogo e investigación conjunta entre psiquiatras y economistas. Por modesta e incipiente que sea, la propuesta se inscribe en la necesidad incuestionable de conceptos integradores.

Por su parte, el economista no centra su interés en la noción de salud mental contraponiéndola a la de enfermedad; sino en las condiciones sociales contextuales de

la salud mental y del ejercicio profesional del psiquiatra de la salud mental, y, especialmente, en la relación entre la salud mental y las tensiones generadas en la *mentalidad* de la época como consecuencia del agotamiento del “derrame” que (intermitentemente) emanaba de los subsistemas de acumulación intensiva de capital... y sostenía la ilusión y la esperanza en un progreso universal indefinido.

Todo nos hace pensar que esta perspectiva pone en jaque la salud mental de cada individuo, cuando, a su manera, descubre que su *contemporaneidad* no es dada

Resumen

El capitalismo moderno arraigó esperanzas de progreso universal y civilización que no puede cumplir; y que nosotros, sus criaturas, no podemos abandonar. Este ensayo reclama cooperación entre la Psiquiatría y la Economía Política para comprender y hacer frente a la tremenda complejidad que la historia presente y próxima imponen a los individuos en su camino a adquirir madurez (*Bildung*).

Palabras clave: Filosofía - Ciencia - Psiquiatría - Economía política.

ON THE ECONOMIC CONCEPT OF MENTAL HEALTH: A PROBING INQUIRY

Abstract

Modern capitalism raised high expectations of universal progress and civilization that it cannot deliver; nor can we its creatures do without. This Essay claims for a conjugation between Psychiatry and Political Economy in order to address and have a better understanding of the tremendous complexity present and proximate history imposes upon individuals in their way towards acquiring maturity (*Bildung*).

Key words: Philosophy - Science - Psychiatry - Political Economy.

para él. La novedad no está en el descubrimiento mismo. Lo que está descubriendo es un hecho de su condición social desde la infancia, y lo era también en las de sus antecesores más cercanos. La novedad es que ya no puede soslayarlo y no acierta con el camino para superarlo. Ninguna de las vías que se le siguen ofreciendo para integrarse como adulto en la vida social (hacer una carrera, tener un capital, militar en un partido político, etc.) le ofrece seguridad de éxito. Atinará a aferrarse a alguna de ellas, o se jugará a otra de una lista muy larga que comprende entregarse a las drogas, abrazar con fanatismo una misión mesiánica... y, por fin, buscar la ayuda de un terapeuta profesional.

No se sigue de allí, ni mucho menos, que el psiquiatra tiene que ser economista. Viene al caso recordar el aforismo filosófico: el concepto es la síntesis de sus tres momentos necesarios, a saber, el general, el particular y el singular. Ni el psiquiatra ni el economista están preparados para comprender cabalmente, ni siquiera en términos particulares, las mediaciones relevantes entre la coyuntura histórica y las opciones válidas para el tratamiento. De allí, obviamente, se desprende la necesidad de investigación científica y la conveniencia de cooperar en ella. Y, por último, hay que decirlo sin ambages: seguramente, tanto el psiquiatra estándar cuanto el economista estándar, es más un portador de ideología que un investigador científico.

En la confluencia de dos tradiciones de reflexión previamente incomunicadas, el efecto transformador del concepto puede no ser irreversible (como lo es en una secuencia teórica sistemática y rigurosa); o, para usar una expresión campestre, no se tema que la teoría económica se comporte "como mirlo en nido ajeno". Y es necesario insistir en que las páginas que vienen comunican una incursión incipiente en territorio limítrofe, que quiere explorar también las reacciones que puede suscitar en ambos lados; y será bienvenido el *feedback* que beneficie futuros avances.

Y otra advertencia aún: este ensayo tiene forma de tal, es decir, adecuada a su condición incipiente e inconclusa, y, por lo tanto, se compone de varias aproximaciones numeradas con cardinales que no guardan un orden jerárquico.

Primera aproximación

En los últimos años crecen juntas la *incertidumbre* sobre el futuro de la civilización, y la *certeza* de que es acaso inminente, e incuestionablemente necesaria, una transformación profunda en el orden social.

¿Hay fundamento para el optimismo? La encrucijada histórica, y con ella el futuro próximo, está envuelta en espesas obnubilaciones ideológicas que no dejan ver opciones para intentar la prosecución del progreso de la humanidad. Por eso, para nosotros, vuelve a cobrar vigencia la necesidad del antídoto descubierto hace dos siglos contra el prejuicio y el dogma.

Se concibieron entonces la ciencia y la filosofía como el *cuero* coherente de conocimientos universales que abarcarían un ámbito cada vez más incluyente de la

experiencia humana, donde instituirían el reino de la Razón, etc. ¡Tal sería el antídoto! Pero la filosofía se había metido en un callejón sin salida, mientras la revolución política y con ella su proyecto intelectual entraron en retroceso. Y casi de inmediato, de la pujanza arrasadora con que arrancó el capitalismo industrial emanaron espejismos arrobadores que lo hicieron caer en el olvido: el progreso universal para todos estaba asegurado en firme, y pronto restañaría los padecimientos espantosos que a la sazón infería en las nuevas ciudades industriales y en el mundo colonial.

Por su parte, la ciencia vio fortalecerse su prestigio, y llegó a rendírsele un verdadero culto laico; no ya por cierto en camino de constituir un "cuerpo" unificado, sino por el contrario fragmentándose convenientemente para atenuar y eliminar su poder liberador. No ya, y nunca, como antídoto *contra* la ideología sino al servicio de ésta, quedaría convertida a la vez en herramienta de tecnología y arma exclusiva y excluyente de los "triunfadores" máximos en su competencia con capitalistas rivales.

Segunda aproximación

Psiquiatría y Economía Política son disciplinas claramente instituidas como profesiones y como especialidades académicas, donde la tendencia a la especialización profesional, unida a la vinculación cada vez más estrecha con grandes empresas de capital potenciado, debilita el compromiso del profesional con (en) la ciencia y la filosofía. No es claramente patente esta desvinculación, porque se instituyó una dicotomía entre ciencia "aplicada" y "fundamental", y el profesional visualiza la ciencia en su versión erróneamente considerada como más práctica.

Pero, de hecho, en ambas profesiones parece advertirse un desacople entre los temas que reciben más atención en revistas, congresos, programas universitarios, y estudios especializados, y los problemas de enorme envergadura y gravedad que surgen en sus respectivos campos fuera de su alcance. Síntomas de ello son la trivialización de sus comunicaciones, la indiferencia de la opinión pública respecto de sus aportes, y la proliferación de profesiones rivales, de inspiración empírica, incluso exótica. Por eso no es mucho lo que puede decirle al psiquiatra la literatura económica común, y menos las "revistas internacionales prestigiosas con arbitraje de pares".

En la tesis bosquejada en estas páginas prolongamos trabajos recientes y corrientes de este autor y varios colegas jóvenes, que retoman las *teorías generales* de la economía política, las integran en una, reformulan sus conceptos a partir de las obras originales, y prosiguen su desarrollo y su actualización, dando cuenta de radicales transformaciones históricas recientes no previstas y no previsibles por las versiones pretéritas. Un resultado de esos trabajos es la extensión del objeto de estudio de la economía política, hasta abarcar e integrar en un cuerpo conceptual coherente un ámbito de circunstancias que las teorías económicas recibidas consideraban *extrínsecas*.

Felizmente encuentra que en territorios nuevos para la economía política, ésta puede beneficiarse de estudios realizados por otras disciplinas, y todo indica que los concep-

tos que trae a ellos la recién llegada pueden hacer aportes enriquecedores de conocimientos previos. No cabe descartar que esta aproximación despierte injustificadas resistencias o celos profesionales. Será menester aclarar denotaciones, explicitar connotaciones, aflojar rigideces terminológicas, etc., y se descubrirán insospechadas afinidades conceptuales. En estas páginas centraremos nuestra atención en el nexo conceptual latente entre las nociones de *economicidad* y *salud*. Especulamos con ese nexo apostando a su fecundidad, pero no nos proponemos aún desarrollar ese concepto. Sólo explorarlo. Merodearemos, por así decirlo, entre esos términos y, en fin, entre los dos campos disciplinares de donde son nativos.

Pero no buscamos esa conexión juntando directamente los dos términos para inspirarnos, por ejemplo, en los armónicos que suenan en sus usos lingüísticos. Con vistas a la futura elaboración de ese nexo tomamos una *tercera* noción que creemos potencialmente mediadora entre ambas. Nuestra elegida, sin ser frecuente en ninguna de las dos jergas, ocupa un lugar central en el objeto extendido de la Economía Política. Es la noción y, en potencia el concepto, que determinaremos como económico, de *Historia*.

Sobrevolémolo rápidamente. En retrospectiva, la historia humana resulta ser una sucesión progresiva, acumulativa, irreversible, de mutaciones culturales. Mutación tras mutación, cada sociedad instituye y debe satisfacer un nuevo *conjunto* de necesidades, que en cada caso comprende las que hoy se dirían materiales; pero también psíquicas, intelectuales, morales, espirituales, etc., amén de las propiamente culturales (estas últimas comprenden las requeridas para el ritual, para la confirmación de jerarquías, y en fin para mantener el orden social). Tales conjuntos son, por ende, históricamente *específicos*, y cada cultura los enlaza a su manera. En la sucesión histórica cada cultura crea necesidades nuevas o muy transformadas y elimina otras que pierden actualidad. Por ejemplo, en sociedades arcaicas no puede tener vigencia ni sentido la necesidad de ejercer derechos cívicos; como tampoco en una república constitucional moderna la de poseer siervos o esclavos.

La era del capital ha creado una necesidad nacida del agotamiento histórico de los sistemas de representación mental que permitían organizar la experiencia social en culturas arcaicas y antiguas. En efecto, entre tantas nuevas necesidades singularmente específicas de la sociedad moderna, se destaca la necesidad de *conceptos*. Necesidad *económica* por antonomasia, ya que de su plena satisfacción depende la economicidad de todo el sistema. Cualquiera sea su origen y sus primeras expresiones, hoy, la necesidad de conceptos, es decir, la de su renovación incesante en las instituciones de la ciencia y la filosofía, se va volviendo imperiosa y perentoria.

Pero a la vez entra en sorda tensión y en curso de colisión con las tendencias impuestas por el capital potenciado sobre las instituciones científicas subsumidas por las ciencias y las técnicas. Por cierto este conflicto interno viene, por así decirlo, cocinándose a fuego lento, desde los comienzos del capitalismo industrial; y antes aún (desde la baja Edad Media) la ciencia moderna incipiente estuvo siempre a la vez en simbiosis y en tensión con su inseparable contrafigura ideológica.

En la complicada interfaz entre ambas figuras la noción moderna de historia (desprendida de los antiguos mitos y relatos religiosos) progresó muy a la zaga del desarrollo de las ciencias, y permanece, hoy, anacrónicamente unida a la idea vulgar que se resume en la frase jocosa "la historia ya es historia". La palabra "historia" denota vulgarmente hechos pretéritos, o se refiere a hechos excepcionales (en inglés *historic*, distinto de *historical*).

Un hecho central poco comentado de la historia moderna es el efecto deletéreo del desarrollo capitalista industrial sobre las instituciones democráticas de la sociedad moderna, allí donde fueron auspiciadas por la revolución burguesa y parecían encaminadas a un mejoramiento indefinido. La transformación de las instituciones políticas parece a punto de desembocar de manera generalizada en Estados totalitarios tales como los que anticipaban en la primera mitad del siglo pasado los regímenes socialistas nacionales como el mussoliniano, el hitleriano o el estalinista.

Los patrones interpretativos establecidos y arraigados en la ideología para comprender el mundo, heredados del pasado reciente, ya son irremisiblemente anacrónicos y engañosos: son un obstáculo formidable para actuar racionalmente y por ende para concebir y crear las nuevas instituciones que en el futuro próximo reemplacen a las hoy existentes, en la prosecución del progreso de la civilización.

Tercera aproximación

Una reseña brevísima de grandes titulares de la prensa, de lugares comunes de la actualidad, nos permitirá pintar en breves trazos el trasfondo de este ensayo, que se resume en pocas líneas: guerras, plagas, crisis, multitudes desesperadas ambulantes sin patria ni destino, desocupación industrial masiva crónica, poblaciones misérrimas aglomeradas en condiciones inhumanas, catástrofes ambientales, desastres ecológicos, corporaciones mafiosas enseñoreándose vertiginosamente de Estados poderosos, que mutan en totalitarios e imponen brutalmente la ley arcaica con su discurso mesiánico, decididos a arrasar al infiel y también al indiferente con armas de destrucción masiva en escala y alcance sin precedentes, ya acopladas al panóptico electrónico que puede convertir de un día para otro naciones enteras en cárceles vigiladas...

¡Qué engañados estamos, qué miserables, si nos figuramos fuera y al abrigo de ese espanto! Pero ¿qué hacer? Esta célebre pregunta quedó desacreditada junto con la respuesta trágicamente equivocada que sumió la mayor de las esperanzas modernas en la mayor pesadilla. Hoy no podemos eludir la pregunta, pero tampoco responderla; no así de sopetón, sin antes comprender mucho mejor cómo advino la situación histórica presente, y qué y cómo se juega en esta encrucijada la subsistencia de la civilización humana y la prosecución de su progreso.

Cuarta aproximación

*"Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto..."*

Lope de Vega, *Poemas*.

Entramos más en el meollo de nuestro asunto. El capitalismo moderno instaló en la época esperanzas de progreso y civilización universales que hoy no cumple, a las cuales la humanidad no puede renunciar. La tesis de este ensayo reclama una conjugación entre Economía Política y Psiquiatría para comprender mejor las transformaciones históricas que vuelven ineluctablemente anacrónicas adquisiciones culturales recientes; y descolocan fácilmente al individuo desquiciándole sus estrategias de maduración. Convertido en paciente puede llegar entonces al consultorio del psiquiatra; pero no acudirá por no haber alcanzado aún una maduración cabal (felicidad, salud); sino porque procurándolo se metió en un *laberinto* de dilemas y encrucijadas, donde se siente impotente y es infeliz.

Algo ayudará al economista al psiquiatra si aquél puede explicar cuál es, si es que la hay, la especificidad peculiarísima de la coyuntura histórica mundial. Pero, por clara que fuera, esa explicación sería insuficiente, porque no se inferiría de ella una guía "aplicable" sin más por el psiquiatra en su consultorio. Antes habrá que ir teniendo vislumbre de cómo y por qué complica la vida del paciente; de qué amenaza su salud mental, y -con ella- la consecución progresiva de madurez. Porque al *dilucidarlas* médico y paciente en el entramado de la vida de éste, irá apareciendo poco a poco en escena (acaso "por episodios") un mundo de mediaciones interpuesto entre las condiciones generales de la época, las circunstancias particulares del paciente y el médico, y las vicisitudes del tratamiento en marcha.

Para esa dilucidación, que irá ayudando al paciente en la elaboración de tácticas y estrategias de vida que lo sacarán de su infelicidad y su impotencia, el aporte del economista mostrará a la vez su utilidad y su insuficiencia para el psiquiatra; y es necesario que éste tenga presentes ambas a la vez. Detengámonos en la metáfora del laberinto para comprender esta dualidad: no bastaría para hallar la salida, o bien saber que está hacia el norte, o bien saber hacia dónde queda el norte. Cierto, tampoco nos bastaría tener los dos datos: si nos ayudaría a escoger el rumbo y a advertir si marchamos en redondo.

Pero, suponiendo que la explicación del economista fuera relevante y estuviera disponible, ¿para qué el psiquiatra? ¿Por qué no contar con que el paciente capte la explicación y se valga de ella para salir de su laberinto, prescindiendo del profesional? Convinimos en la metáfora del laberinto. Por definición, así como el laberinto no es laberinto si quien está atrapado en él tiene el hilo de Ariadna o un GPS; tampoco el paciente es paciente porque esté en un verdadero laberinto, ni porque estando en él quiera salir y busque la salida; tampoco porque no lo quiera y no la busque; ni siquiera porque aun ante ella se aferre a su trayecto circular...

Lo es porque en su laberinto alberga él mismo otro, propio suyo, recóndito; el cual para el economista es una caja negra donde médico y paciente trabajan, y donde sólo ellos pueden acceder. Lo es para el economista, porque la parte del concepto que maneja sólo alcanza del objeto su dimensión general; y, faltándole las dimensiones particular y singular, permanece abstracto. Pero, en el recóndito interior de la "caja", tampoco puede plas-

marse el concepto; porque la concreta singularidad del "caso" particular no es singular ni concreta por sí misma, sino en contraposición con el concepto general. En otras palabras: ningún objeto es plenamente inteligible hasta que no abarca un todo significativo (no se entiende qué es una trompa de elefante si no se la comprende como órgano de ese animal, etc.).

Si (provisoriamente) llamáramos "*concepto*" a la acción y al efecto de concebir; "*concebir*" a aquella parte del trabajo social general que en la sociedad moderna *produce* conocimientos universales; "*razón*" al trabajo del concepto por el que éste separa y une, analiza y sintetiza, o configura el objeto y, en definitiva, lo "constituye"; "*conocimiento*" a la acción y el efecto de conocer (ser-con) por la que el individuo se integra en la cultura de su época, apropiándose de patrones perceptivos mediante los cuales participa de la experiencia social y en la elaboración de la misma; y "*cultura*"... etc., estaremos componiendo un bosquejo *ad hoc* que, a grandes trazos, sugiere el gran contexto en que se desenvuelve y en el que cobra pleno sentido el trabajo interactivo entre psiquiatra y paciente.

Algún economista seguramente ya intervino en el acondicionamiento nocional convencional en que se presentan los elementos de este contexto que médico y paciente "traen" al consultorio como insumos exógenos sobre los cuales versa su trabajo. Entre esos "insumos" hay nociones económicas; nociones por lo general inocuas, propiamente estándar, que circulan entreveradas en el sentido común, donde la huella de los siglos de historia de las doctrinas económicas modernas parece borrada y el concepto ha perdido (casi) todo poder germinativo. Pero hay otros *nada comunes*, urgentemente necesarios, que sin duda lo serán cada vez más.

Quinta aproximación

"Por ello se la llamó Babel: porque allí confundió Yahveh la lengua de todos los habitantes de la Tierra y los dispersó por toda la superficie."

Génesis 11:1-9

Este ensayo trata, pues, de dos disciplinas que, al día de hoy, desconocen sus importantes raíces históricas comunes y guardan poca o ninguna relación entre sí. En cada una por separado se percibe un malestar semejante en cuanto a sus fundamentos teóricos y su respaldo científico: es que la epistemología instrumental -desprendida de la filosofía- prendió con fuerza, y hubo quienes proclamaron la suya como "ciencia empírica" basada, como tal, "en la evidencia". En otro lado hemos tenido ocasión de calificar el producto académico de esa posición como "ciencia de aldea"; un contrasentido y un anacronismo: ese pronunciamiento vergonzoso es la confesión del "*mainstream*", que huye de los conceptos arriesgados, es decir, de los conceptos.

No obstante, o mejor dicho, por ello mismo, ha devenido a la vez *mainstream* y doctrina oficial y, por

cierto, materia de grado en las carreras que nos ocupan. No deberá extrañarnos pues, pero sí preocuparnos, la renuencia común entre profesionales de ambas ramas a hacerse cargo de las cuestiones que planteamos. Reconocerán como deseable que la ciencia no termine de derrumbarse como una torre de Babel; pero opinarán que ello es poco probable y señalarán circunstancias que compensan y contrarrestan la desintegración.

Cada disciplina estableció una jerga para especialistas: ¡legos abstenerse! Pero la mayor parte de esos términos son homógrafos con respecto a palabras de uso corriente, de las cuales han especificado o precisado alguna acepción; y algunos valen en ambos campos, aunque acaso con denotaciones o connotaciones diferentes. Por último, sacaremos provecho de otra posibilidad importante que nos brindan las terminologías respectivas, cual es la sinonimia, ora connotativa, ora conceptual, que enlaza términos que parecieran casi exclusivos de un territorio u otro (v. gr. *salud* y *economicidad*).

Ubicándonos en la interfaz léxica, confusa pero fértil, nos vemos ante nudos gordianos que tenemos que cortar mediante definiciones por estipulación. Lo hemos hecho ya en la jerga económica cuando venimos distinguiendo entre ciencia económica y economía política: para nuestro propósito estipulamos que mientras la primera estudia la economía de las sociedades humanas, la segunda se ocupa de las especificidades históricas, singularísimas y en transformación incesante, del sistema económico capitalista.

Muchas de las palabras que se revisten de categorías “técnicas”, nocionales e incluso conceptuales en la terminología especializada recuperan fuera de ella algo de su ambigüedad más primitiva. Tocaremos apenas muy someramente la trama de asociaciones latentes en ese trajinado mundo donde el diálogo circunstancial acumula ideaciones nocionales que son la materia prima en la que abreva el concepto.

El adjetivo *mental* califica una colección de sustantivos de los que indica “relativo a o propio de” la *mente*. De tales sustantivos escogemos los siguientes, a título de ilustración: *actividad, trabajo, esfuerzo, preparación, capacidad, elaboración, producto, rendimiento, cálculo, resultado; abstracción, representación, anticipación, reparo, reserva; enajenación, trastorno, trauma, enfermedad; libertad*.

Asimismo el lector comprobará que si coloca uno por uno esos sustantivos en los contextos teóricos respectivos de ambas disciplinas, hacen sonar armónicos diferentes, cobrando aquí y allá significaciones semejantes y complementarias: unos más evidentemente, otros no tanto, algunos quizás (a primera vista) nada. Pero, al mediarlos por el mismo adjetivo, este ejercicio torna patentes ciertas conexiones entre los adjetivos mismos y de este modo extiende la lista de palabras que en uno y otro campo son usadas como categorías especializadas. Un ejemplo (acaso el más fácil): así como *trabajo* parece exclusivo de una jerga y *salud* de la otra, el sintagma *salud mental* resalta la pertenencia a ambos campos de los dos términos que lo componen.

Otros sustantivos no figuran en la lista porque calificados como *mentales* forman expresiones pleonásticas.

El más redundante de todos es el mismo adjetivo en su forma sustantiva, *mente*. Pero también lo son estos otros: *pensamiento, conocimiento, concepción* (que a diferencia de *mente*, determinan cada uno una acción y su efecto: *pensar, conocer, concebir*). Al trasponer fronteras disciplinarias nos metemos de lleno en un problema central de la época presente, de cuya solución depende la de muchos otros: el divorcio entre Filosofía y Ciencia; y, correlativamente, la *fragmentación* de esta. El hecho de tal fragmentación es conocido y aceptado, pero no como peligro que pone en juego la civilización humana. Todo lo contrario: es atribuido al progreso y se lo acepta apologeticamente como un resultado inexorable de éste. ¿Acaso no se trata de la célebre “división social del trabajo”, probadamente benéfica? En el mismo tenor se brindan explicaciones tales como que hoy es imposible el ideal renacentista del individuo que cubre en su saber la filosofía de su época; se asocian la parcelación y la especialización como ligados indisolublemente, se alude a ese desgarramiento con eufemismos (excelencia) y con agudas bromas celebratorias (“saber menos sobre más y más sobre menos”, “investigar lo obvio”)... Se exige al profesional confinar su atención en un rango tan estrecho de cuestiones, que esta imposición lo entorpece incluso para comprender esas mismas cuestiones en el cuadro más grande en el que las nociones técnicas encuentran sus enlaces conceptuales; y lo encierra en su esmero por mejorar y prevalecer en lo suyo, volviéndolo insensible a los problemas de su tiempo. Pero he aquí que, de pronto, estos problemas se han vuelto perentorios y dramáticos; y nuestra mayor necesidad como personas es estar a la altura, vale decir: actuar cada individuo como contemporáneo *histórico* de sus contemporáneos *cronológicos*...

No es ésta una condición que pueda cumplir un individuo sin interactuar con otros de un modo consciente y deliberadamente dirigido a ese propósito; para lo cual parece haberse abierto ya o está a punto de abrirse un período de preparación de nuevas ideas y nuevas instituciones. Pero no estamos listos para esto: procuramos vanamente dar sentido a los hechos, y comprobamos con resignación o con angustia que carecemos de patrones interpretativos actualizados. Incluso en nuestras respectivas “incumbencias” profesionales, apegándonos a las doctrinas recibidas, economistas y psiquiatras estamos próximos a encontrarlas insuficientes... cuando no irrelevantes y obsoletas.

Con el fin de determinar conceptos fértiles y activarlos, quisiéramos incursionar en nociones elementales relativas a la salud mental desde un ángulo que creemos poco usual: considerándolos como nociones económicas, todo ello en el marco de esta *hipótesis*: en tanto noción *económica*, la salud mental del individuo no se define como un estado de armonía o equilibrio que debe alcanzarse, mantenerse, o restablecerse, sino como un proceso de educación/maduración complejo y delicado que se resuelve en escenarios sucesivos siempre inéditos, hacia un desiderátum cambiante y nunca exento de contradicción. Esa incursión reclama verdadera cooperación interdisciplinaria.

Nadie parte de cero, ni el economista, ni el psiquiatra, y tampoco el paciente. Pero en su desarrollo como

persona humana, el individuo ya no puede alcanzar su madurez -o propiamente la sabiduría, término que significativamente ha caído en desuso- ateniéndose únicamente a las instituciones dadas; y corre el riesgo de engañarse creyendo contribuir a su perfeccionamiento o a su remplazo si pasa por alto la difícil elaboración de su estrategia.

Más preparados estamos, desde la infancia, para aco-gernos a las cosas de la vida tal como están dispuestas. Y he aquí la cuestión: así como ese camino es el más *eco-nómico* en períodos de reposo de la historia, dejó de serlo cuando se tornó patente que el orden establecido ya no es *viable*. Aferrados al sentido común, nos enfrentamos inútiles y perplejos ante el descalabro de la unidad entre lo verdadero y lo evidente: lo existente dejó ya de ser real, y lo real no existe aún... Por algo la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel se publicó en 1807, cuando Napoleón desfilaba por Alemania.

Una situación así es angustiante por antonomasia. Es la que se presenta en vísperas de un trance dramático de la historia mundial.

Sexta aproximación

“Heredamos de nuestros antepasados el anhelo agudo de un conocimiento unificado que todo lo abarque”.

Schrödinger, Erwin R. J. A., *¿Qué es la vida?*, 1944.¹

También en tiempos de la Revolución Francesa (como hoy, salvando las diferencias) se sabía que el mundo no aguantaba más como era entonces y tenía que cambiar. En momentos así la sociedad humana necesita organizar su experiencia en un cuerpo de conocimientos coherente y abarcador, para enfrentar cambios radicales. Y atención: tanto hoy como entonces (nuevamente: *mutatis mutandis*) los modos de pensamiento establecidos son un obstáculo fenomenalmente imponente.

Pero erraríamos el rumbo si nos aferráramos a los sistemas filosóficos de la Ilustración; o creyéramos posible aprender directamente de ellos sin entender las razones y la dimensión de su fracaso. Sabemos (como no se podía saber hace tres y dos siglos, y ni siquiera a mitad del siglo XIX cuando se publica el Manifiesto) que para ello habrá que ubicar la Ilustración burguesa y comprenderla en la trayectoria histórica de estos problemas. Lo mínimo para nuestro modesto propósito inmediato es remitirnos al giro decisivo que tomó esa historia hace algo más de dos milenios, cuando en algunas colonias griegas ya hacía algunos siglos que la guerra y el intercambio incipientemente mercantil venían poniendo en contacto regular entre sí gentes muy diversas de pueblos distantes.

Todavía no alboreaba la era del capital; pero hubo entonces una vislumbre de ciudad cosmopolita, y un anticipo de lo que sería más tarde la mentalidad burguesa. Algunos pocos hombres distinguieron entonces un

ámbito de la experiencia inteligible para la razón humana sobre el cual la sociedad opera sin la intervención de poderes míticos. A la vez descubrieron que mediante la reflexión sobre la experiencia logramos conocimientos no revelados por los dioses. Poco después (en el llamado siglo de Pericles) se observó que se ganan batallas sin acudir a fórmulas invocatorias, ritos, sacrificios para lograr el auspicio de dioses o semidioses; que, en fin, *la historia* humana es una sucesión de acontecimientos también inteligibles, y no la eterna repetición de acciones arquetípicas trascendentes llevadas a cabo en el instante primordial por seres sobrenaturales.

La gran criatura del pensamiento laico griego fue sin embargo la teología cristiana medieval. No se resignaba a aceptar una frontera absoluta entre lo sagrado y lo profano, entre la religión y la razón. Se esforzaba por elevar la idea de Dios a la perfección, por encima de todo; y no era ya una religión arcaica puesto que proponiéndose conciliar la razón con la Santa Fe, aspiraba a la universalidad. Fue el suyo un esfuerzo intelectual magnífico y fructífero, que desencadenó todavía otro aún mayor del que nació la moderna *metafísica* burguesa.

Pasó otro medio milenio, mientras el Renacimiento y la Reforma prepararon el terreno intelectual para las revoluciones burguesas europeas de los siglos XVII y XVIII. La humanidad hizo entonces el último gran intento hasta el día de hoy, de componer un *sistema* de representaciones en el imperio de la Razón, que brindara a la novísima sociedad moderna mercantil -dinámica, compleja, ecuménica- la misma integridad y la coherencia *toto caelo* que en sociedades arcaicas y antiguas aseguraban las religiones arcaicas y antiguas. Retrospectivamente sabemos que el proyecto implicaría propiamente iniciar una filosofía distinta, liberada de la encrucijada entre racionalismo y empirismo, y desprendida de ataduras metafísicas. Tal proyecto fracasó y todavía está a la espera de realizarse. Con su abandono se hizo inevitable la fragmentación de la ciencia que hoy pone en peligro la prosecución de la civilización moderna. Pero alcanzó a dar frutos magníficos que hoy cobran viva relevancia, porque debemos retomar este proyecto ante el rebrote feroz de prejuicios y dogmas que entonces se creyeron superados para siempre.

Pero bien pronto las Luces emanadas de las revoluciones burguesas (que culminaron en París en 1789 para sufrir enseguida una profunda regresión) se proyectaron contra una neblina ideológica espesa. Y, en efecto, durante la fase industrial de la era capitalista cundió el velo ideológico en el que se incubaron fantásticas ilusiones en la Modernidad: el mundo ya había sido destinado para siempre por la Providencia al progreso, que pronto llegaría a todas partes con todos sus beneficios para la felicidad de todos. ¿Quién derramaría una lágrima por el fracaso de los “sistemas de conocimiento”, como no fueran los despechados *philosophes des lumières* (ya entonces fallecidos)...?

En efecto, tan pronto cayó el *Ancien Régime* y rodaron cabezas reales al pie de la guillotina, el hasta entonces ape-

¹ Trad., por nos., de la versión inglesa de Cambridge University Press, 1967.

nas intuido efecto emancipador de la filosofía y la ciencia ya no importó a los nuevos, que se dieron al frenesí de descabezar a sus predecesores del día anterior, y pronto fueron víctimas ellos mismos de... ¿de su propio pánico orgiástico? El hecho es que la Revolución retrocedió espantada; y de un profundo desánimo resultó el híbrido Primer Imperio y de él la Restauración Borbónica: cobraba impulso, a la sazón, la transformación del agotado sistema comercial capitalista en capitalismo industrial. Y fue a partir de entonces que el proyecto filosófico de la filosofía ilustrada quedó cobardemente abandonado.

Permanecieron en el limbo sus dos propósitos filosóficos de mayor interés para nosotros hoy: *liberar a la metafísica* de los prejuicios del dogma, y *liberar a la filosofía* de la metafísica. El primero fue expuesto lúcida y claramente entonces; el segundo no lo fue, pero hoy pronto deberá dilucidarse en retrospectiva y es el programa en el que se inscribe la cuestión que planteamos.

Varios autores advirtieron entonces (dos siglos ha) que la filosofía había perdido el rumbo. Algunos -entre ellos el propio Smith y décadas más tarde el joven Marx- intuyeron que el derrotero podía encontrarse en la economía política. Pero la pista era confusa; y a fines del siglo XIX se enredaba y se extraviaba nuevamente entre las complicaciones teóricas doctrinadas que, ora ponían en cuestión la compatibilidad entre las teorías básicas de la mercancía y el capital y, con ella, la coherencia de la propia economía política; ora anunciaban la solución del problema sin caer en cuenta que estaba mal planteado desde el comienzo (y que en cambio el problema era otro)...

Pronto el mismísimo paradigma filosófico en el que se inspiraba entonces la economía política: el concepto newtoniano de ciencia, se revelaría, también él, limitado y obsoleto. Y, a la sazón, el "caso" Dreyfuss había tendido un manto oscuro sobre las esperanzas de que en el nuevo siglo el capitalismo consumaría por fin el prometido progreso y reinarían la paz y la civilización universales. Completamente por el contrario, en el corazón francés mismo de la esperada civilización universal, resucitaban frenéticamente mitos precursores de la barbarie capitalista, de la guerra industrial moderna: de sus campos de exterminio, sus armas de destrucción urbana en gran escala, sus horrores sin fin.

Séptima aproximación

"En el progreso de la división del trabajo, el empleo de la mayor parte de aquéllos que viven de su trabajo, esto es, de la gran masa del pueblo, viene a reducirse a unas poquísimas operaciones muy simples, frecuentemente a una o dos. Pero el entendimiento de la mayor parte de los humanos se forma necesariamente en sus empleos ordinarios. Al hombre que pasa la vida llevando a cabo unas pocas operaciones simples, que acaso tienen siempre el mismo efecto, no se le presenta ocasión de poner en juego su entendimiento ni de ejercitar su inventiva en la procura de expedientes para resolver dificultades. Naturalmente pierde entonces el hábito de tal esfuerzo y suele resultar a tal punto ignorante y estúpido como puede llegar a serlo una criatura humana. La torpeza de su mente lo vuelve tan incapaz de disfrutar siendo parte

de una conversación racional, o siquiera de soportarla, como de concebir cualquier sentimiento noble o tierno; y por ende de formarse un juicio justo siquiera en lo que atañe a los compromisos de la vida ordinaria..."

Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, 1776 (trad. nos).

El infierno moderno no está presidido por la ingenua advertencia dantesca: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*, sino por la condena inscripta con sarcasmo en el portal del infierno absoluto: *Arbeit Macht Frei*. Porque, si la baja Edad Media comprendió que la esperanza es la eutrofia del espíritu, no anticipó que el infierno moderno advendría con la ideologización de la mejor esperanza.

Y el lema del purgatorio capitalista es: *Become the winners!* Millones de jóvenes sueñan con ingresar al *campus* donde se imparten *membra disjecta* del cuerpo de la ciencia reducidos cada uno a su utilidad tecnológica en un sistema selectivo donde el árbitro de última instancia es el mercado. Poquísimos elegidos llegan a traspasar la entrada atraídos por la promesa irresistible: aquí aprenderás lo necesario para acceder a tu lugar entre... ¡los ganadores!

Con esos y otros espejismos la ideología de la era industrial disimula la secuencia de consecuencias consecutivas al abandono de la filosofía, y a la resignación de los filósofos al estatuto de disciplina particular. Los apólogos de las "nuevas" orientaciones académicas y curriculares "con salida laboral" se sienten avalados tanto por la célebre teoría de la "división social del trabajo" (que interpretan con sesgo ideológico), como por numerosas evidencias históricas de espléndidos "desarrollos" de tecnológicos que sobrepasan toda imaginación. Señalan los gigantescos beneficios que disfrutamos gracias a la parcelación y reducción tecnológica de la ciencia, y seguramente piensan que esas bondades ciertas deberían compensar la vanidad lastimada de los filósofos. Pero, más importante para la nueva mitología, deberían compensar también los horrores de la guerra industrial.

Pero así como la fragmentación de la ciencia es una ventaja para la diferenciación tecnológica del capital industrial, la apología no la proclama celebratoriamente sino que la disimula, la calla. Para entender cabalmente las circunstancias y los efectos de la reducción de la ciencia y la filosofía a tecno-ciencias, es necesario remontarse al gran cambio que se produce en la primera mitad del siglo XX en la estructura de la ideología capitalista; en particular, en las nuevas nociones sobre el papel de la ciencia, tal como se plasman en el proyecto Manhattan; con sus dos criaturas apodadas con talante bestialmente burlesco: *Little Boy* y *Fat Man*.

La conjugación hipostática de "ciencia y tecnología" es la realización falsa, y potencialmente monstruosa, del proyecto "ilustrado" que otrora apuntaba a la integración filosófica de las ciencias en un todo coherente. Mediante estratagemas ideológicas y arreglos institucionales adecuados, las ciencias *desguazadas* caen cautivas de la diferenciación tecnológica del capital industrial cuando el trabajo conceptual queda licenciado de su compromiso con la gran síntesis que hoy urge.

Urge, sí, pero hace falta decir por qué. No sólo (como si esto fuera poco) porque castradas de filosofía, las tecnociencias carecen del vigor crítico que celebraba en ella -y que a la vez temía- la Ilustración. Se trata de la más dramática de las carreras contra el tiempo: porque a su manera el *totalitarismo* ofrece por un atajo un sustituto bárbaro y regresivo; pero rápido e ideológicamente poderoso de la mentalidad coherente reclamada por las masas anómicas en tiempos de desesperación.

Octava aproximación

La gran ficción es la de *la Libertad*. El capitalismo no desdeña en ningún momento de su historia sacar provecho de regímenes de explotación económica basados en la dominación directa. Se valió de ellos, no sólo cuando los encontró ya establecidos en territorios a colonizar, sino también cuando los instituyó por medio del terror de los campos de trabajo forzado del siglo XX. *Sweat shops*, trabajo infantil...

La represión de ideas en los regímenes de democracia constitucional representativa es disimulada, encubierta, *vergonzante*; muchas veces inconfesa, indirecta y sutil, porque logra trasgredir legalmente el espíritu proclamado de las leyes. No le hacen falta las mazmorras ni las hogueras de la Inquisición medieval para desalentar la filosofía cautiva en la lección estándar sobre doctrinas unilaterales. Sin saberlo ni proponérselo logra desalentar la filosofía, sencillamente porque revivirla requeriría un esfuerzo intelectual sostenido en gran escala que sólo puede ser tarea de una o más generaciones. Desde que la "Filosofía de la Ilustración" no pudo ser, se desmembró en doctrinas unilaterales rivales entre sí. Son éstas las que se enseñan y, lo que aquí importa: la naturaleza insobornable y poderosamente subversiva de la filosofía *en tanto madre de las ciencias*, que debía velar sin descanso por eliminar esos prejuicios y esos dogmas al extender sin límites los dominios de la razón, y a la vez asegurar la coherencia rigurosa del todo... quedó relegada como la mala consciencia del filósofo que le señala una responsabilidad que no sabe atender.

La misma hipocresía preside el ordenamiento jurídico e institucional de la sociedad democrática representativa: también en las teorías y las doctrinas jurídicas el mismo abismo entre el pensamiento casuístico y el especulativo entorpece el concepto filosófico y abre tranqueras a la ideología. Y por donde se mire el amplio espectro de las especialidades profesionales se hallarán minorías de elegidos puestos al cuidado celoso de sus laureles, y mayoría de elegibles afanosamente empeñados en ese "saber más sobre menos y menos sobre más".

Novena aproximación

Hay enfoques interdisciplinarios que permiten al economista aportar significativamente a cuestiones como la que nos ocupa, sin inquietar la teoría económica. Todo indica que están en buenas manos, y de hecho impactan ya en la opinión pública, esclareciéndola acerca de cómo la lenidad del Estado con la complicidad de corporaciones profesionales sirve al poder corruptor del capital potencia-

do, que emana de grandes industrias farmacéuticas. Estados Unidos hizo punta en esto: la legalización de lobistas especializados en presionar a favor de las empresas en todos los niveles pertinentes del Estado tuvo el aval allí de la Suprema Corte, ¡la cual dictaminó a su favor teniéndolos por amparados en el derecho constitucional de cualquier ciudadano a peticionar ante los poderes públicos! Es en ese país, no obstante, donde cada vez más denuncias sobre abusos de la medicalización de la salud reciben atención en publicaciones, conferencias, congresos.

Falta aún, sí, una "vuelta de tuerca" en ese género, que explique mejor las tendencias poderosas e irreversibles a la diferenciación y la potenciación del capital en el espectro sectorial completo de la producción social; en la *managed care industry*, por cierto, pero asimismo en las "industrias" del crédito y el seguro (entrelazadas con aquélla y con todas), alimentos, medicamentos, ropas, artículos electrónicos, equipos industriales, transporte, minería, comunicaciones, en el negocio bancario..., ya todos esos sectores se ríen de superintendencias y regulaciones; y todos testimonian, cada cual a su manera, que las técnicas ya adoptadas por ellos y las que están a punto de tomar del *pipeline* tecnológico, requieren un control público serio que hoy, así como así, está fuera de cuestión; y requieren "diagnósticos y prescripciones de políticas" que no pasen por alto esas lenidades. Es mucho y muy importante lo que queda por avanzar en estas líneas, sin sobrepasar el sentido común, ni salir de las doctrinas económicas recibidas.

Otros ángulos de abordaje de la economía política de la salud, forman parte de la historia convencional estándar de las doctrinas económicas, y ponen de relieve los íntimos contactos iniciales entre la economía política con la psicología y la medicina: los primeros esbozos de teoría general del equilibrio del sistema económico se valían de metáforas físicas e hidráulicas (Montanari), pero también orgánicas (el propio Smith); y de hecho varios precursores influyentes de la economía política eran médicos (William Petty, Quesnay); las leyes económicas se basan en suposiciones sobre el comportamiento humano en la vida social, sus motivos, sus gustos, su psicología; si la noción de salud mental está asociada con las de felicidad y bienestar, éstas están en la base de la teoría económica en general, como lo ilustra la máxima propuesta por Francis Hutcheson (maestro de Adam Smith) pero luego atribuida a Jeremy Bentham (asesor de David Ricardo en cosas de filosofía): se trata de lograr "la máxima felicidad para el mayor número". Y, por cierto, la frecuentación de viejas fuentes pone al alcance del investigador un tesoro de ideas que en su momento eran prematuras y hoy cobran viva vigencia. Pero, por lo general, lo mismo que los abordajes del primer grupo, estas exploraciones dejan quieta la teoría aceptada y no la sacan del nicho que le tiene reservado el *pensum* oficial.

Apostamos a una tercera estrategia de abordaje, *complementaria* de las anteriores. No es inter, sino *intra*, disciplinaria: se interesa en las mismas cuestiones, pero desde el ángulo de la teoría económica. La presente indagación se hace en paralelo con otras varias en curso, a cargo de doctorandos que siguiendo estrategias semejantes inves-

tigan *las relaciones entre* Economía política de la Historia, del Estado, de las Clases Sociales, de la Universidad, de la Ciencia y la Filosofía... En esta última la Economía Política se descubre a sí misma en su propio objeto de estudio. Lo distintivo de estos trabajos es que penetran en la conexión conceptual latente entre nociones comunes en otras disciplinas y conceptos convencionalmente reconocidos como económicos.

Con mira a una mayor integración en el campo de la ciencia social no se aprecia tanto la elaboración de jergas interdisciplinarias *ad hoc* (que tienden a empobrecer las teorías involucradas), como sí a una verdadera *fusión* como la que lograron hace un siglo primero la física y la química y luego la físico-química y la biología: en nuestra lejana meta no se confunde la integración conceptual con el cruzamiento, la hibridación, la combinación sincrética. La Psiquiatría tiene la peculiaridad favorable al proyecto que apuntara nuevamente a la coherencia del cuerpo de los conceptos universales, que ella misma ya es de suyo un campo avanzado de integración entre las (mal) llamadas ciencias naturales y ciencias sociales: etología y fisiología, etc.

Pero hay mucho más. Ninguna de las dos disciplinas es científica por pleno derecho, ni puede desentenderse -sin degradarse en una cofradía de ideólogos y/o *lobby-men* profesionales de empresas de capital potenciado- de la grave responsabilidad de esforzarse en el logro de esa condición. Por lo demás, las fronteras que dividen la Economía Política y la Psiquiatría apenas se tocan hoy; en territorios comprendidos entre ellas hallamos nociones que conciernen al desarrollo de ambas y jugaran en su integración, desarrollándose plenamente como conceptos. Entre ellas se destaca, por su fertilidad conceptual en ambos campos, la noción de historia.

Décima aproximación

La noción de Historia en la ideología tardo-capitalista se desdobla. Las dos representaciones más populares de la economía capitalista han dado pábulo a sendas ilusiones apoloéticas acerca de las bondades futuras del sistema. Una confía la articulación armoniosa de la reproducción económica en las interacciones que se dan natural y espontáneamente en el mercado entre los miembros de la sociedad civil. La otra confía en que el avance técnico resultante de la innovación industrial (guiada por el empeño de los capitalistas por obtener siempre mayores ganancias), asegurará el progreso de la civilización universal. La compatibilidad entre ambas se sobrentiende vagamente aunque empezó a ser puesta en cuestión por los mismos autores que les dieron forma teórica; volveremos luego sobre esto.

En la exposición de este par de visiones optimistas hay un aire de mito laico, pero esta forma es más bien la de una metáfora; y es prudente interpretar la célebre alusión a la Providencia benéfica (la "mano invisible") como figura literaria: la buena Providencia prescindió de las viejas e injustas relaciones de privilegio y servidumbre y dispuso desplegar el Mercado en todo el globo terrestre para el beneficio de la humanidad. Éste habría de brindar la sabia

guía: justa, objetiva, insobornable, que guiaría los asuntos económicos hacia la sociedad donde la disposición de las cosas serían tan favorables que "la máxima felicidad para el mayor número" estaría asegurada. Paradójicamente, este desenlace tan deseable no requería el cultivo de virtudes nobles ni propiamente de la sabiduría, sino que saldría del egoísmo individual y la mediocridad moral generalizados: "vicios privados, virtudes públicas". Tal sería, en suma, la apología capitalista de la ignorancia y la mediocridad moral. Son cónsonos con ellos dos rasgos de la moderna sociedad capitalista. Uno de ellos es la legislación basada en el principio utilitarista que suponiendo conmensurables para el transgresor los beneficios del delito y los costos del castigo, apuesta para disuadirlo a establecer que los segundos sobrepasen a los primeros. Nótese que este sistema de leyes únicamente *en plena vigencia* de la soberanía popular, podría ser compatible (en el sentido más vulgar: "teóricamente") con la libertad civil moderna. En el mismo contexto, la ideología tardo-capitalista exagera hasta volverla insoportable, la dicotomía entre dos nociones de Historia excluyentes entre sí.

Ambas son falsas, ambas peligrosas: mientras una *naturaliza* la historia, la otra la *sacraliza*. Cada una es compatible con un conjunto de regímenes políticos bien caracterizados. La diferencia principal está en las constelaciones institucionales características de tales regímenes, que canalizan la formación de la persona individual y determinan las circunstancias en que a ésta le toca elaborar y resolver su *contemporaneidad*.

La *naturalización* de la historia reserva al individuo un papel pasivo. Los eventos suceden y se suceden al impulso de un orden de cosas gobernado por leyes generales, leyes que en esa suposición nos figuramos como de orden natural-social. Paradigmáticamente, son leyes económicas. La *sacralización* de la historia, por el contrario, convoca irresistiblemente al individuo a un destino heroico y glorioso: en él será el suyo un papel activo y protagónico tal que desempeñándolo y cumpliéndolo elevará su espíritu hasta fundirlo en la finalidad más alta reservada por la Providencia para su Pueblo y su Patria.

Los regímenes políticos compatibles con esta última concepción han sido calificados justamente como *totalitarios*. Y son en efecto dictaduras tenebrosas y bestiales.

Pero, esa caracterización bien justa se usó indebidamente para hacer la apología de los regímenes del otro grupo, que por implicación y contraste pasan por democráticos. En ellos está establecido que el individuo participa, por lo general, en los asuntos públicos de manera indirecta y regularmente intermitente mediante su participación en el sufragio universal, por el cual se eligen mandatarios que habrán de desempeñarse unos como gobernantes y otros como legisladores. Las instituciones del derecho público moderno garantizan el pleno ejercicio de la soberanía popular. Claramente, no es así. La "evidencia" muestra -cada día más claramente después de la reveladora implosión de la URSS-, que el Estado Moderno capitalista es una ficción que se disipa. El horror de los campos de exterminio no ha quedado atrás.

Los regímenes capitalistas nacionales no totalitarios son potencialmente totalitarios. En ellos la democracia

a medias se define como de carácter representativo; y, cuando las formalidades se respetan, los gobernantes y los legisladores son elegidos como mandatarios por sufragio universal. Pero, mirándolo bien, el sintagma “democracia representativa” no es sino un oxímoron; porque es de asombrarse que careciendo tales mandatarios de mandatos concretos y vinculantes (como no sea el plazo estipulado para dejar o renovar “cargo o función”), se los denomine así, mandatarios; y, para más señas: representantes de la voluntad popular. Pero, la figura de ese representante, ¿no cuadra mejor acaso con la de un *apoderado* del pueblo, cuyo poder sólo se extingue por el transcurso del lapso estipulado (con prescindencia de que alcance o no metas y objetivos que por otra parte nunca se determinaron)?

Cuando el lobo feroz Capital logra salirse bien con la suya, viste los atuendos de la dulce abuelita y sonríe, mientras administra los vacuos formalismos constitucionales de la república nacional moderna. No es para menos; porque el régimen de gobierno republicano constitucional diluido en la ficción del Estado Moderno es el más acorde con el sistema de dominación capitalista.

Onceava aproximación

Sabemos que tanto psiquiatras como economistas (excepto autodidactas) son en parte víctimas y en parte cómplices de las instituciones académicas que embretan al universitario en una formación estrechamente profesional; a expensas, por cierto, de su vocación, cultura y compromiso científicos. Correlativamente en ambas profesiones hay ambigüedad en cuanto a su respaldo científico, y hay una incomodidad semejante cuando se inquiere sobre sus fundamentos teóricos. Lo mismo que en otros campos esta reducción epistemológica refinada pero inculca trivializa, naturaliza, perpetúa y agrava el desmembramiento de la ciencia. Y suscita incompreensión y suspicacias que entorpecen un cometido como el nuestro.

Lo facilitan las coincidencias y semejanzas que hay entre ellas en cuanto atañen a sus objetos y propósitos. Para empezar ambas tratan sobre el comportamiento humano y la vida social. A ambas incumbe, *mutatis mutandis*, comprender las condiciones de la felicidad humana y determinar los medios para promoverla: lo cual sugiere posibles complementariedades.

Por cierto, hubo doctrinas económicas influyentes que identificaban el óptimo de la economía con la consecución de “la mayor felicidad posible para la mayoría”; y es mucho lo que podría decirse sobre diversos enfoques de análisis económico basados en supuestos psicológicos simplistas (utilitarismo, hedonismo); como viceversa, sobre doctrinas psicológicas que se valen de nociones económicas (como la de “plus-de-placer”). Sin embargo, poco interesa en este punto a nuestro propósito ocuparnos de estos antecedentes menores; aunque podemos traer a colación otros dos mucho más importantes. Uno se remonta a dos milenios atrás, el otro a dos siglos. El pri-

mero es el triple descubrimiento en la Grecia clásica, que inaugura (o anticipa) la filosofía y la ciencia modernas: la Historia, la Naturaleza, y la Razón. El segundo es el mayor proyecto intelectual de la era capitalista, que (como venimos insistiendo) intenta y no logra conformar el cuerpo coherente e inclusivo del conocimiento universal.

Duodécima aproximación

Quisiéramos haber dado razones para convenir en que incumbe: a) a toda cultura administrar *económicamente* la experiencia social; b) a la ciencia y la filosofía la formación y el destino de la cultura presente; c) a la filosofía la integración del cuerpo de la ciencia.

Y que tal es el ABC de las condiciones *prácticas* necesarias para que nuestra época pueda encarar las transformaciones histórico-sociales que no pueden demorarse... Y proseguir el progreso histórico para configurar una civilización universal; y, más inmediatamente, evitar su degradación en regímenes brutales... de otro modo inexorable y poco menos que inminente.

Pero, no podemos dejar esto así, sin por lo menos indicar una dirección general en la que vemos ya una salida.

El proyecto ilustrado de componer un “cuerpo de ciencias” tenía sentido porque brindaría un núcleo de conceptos coherentes a la proteica y dinámica cultura de la época. Pero ese núcleo quedaba fatalmente escindido del mundo práctico porque si distinguía el concepto de “entendimiento”, aun así su “concepto de concepto” daba a éste un alcance unilateralmente cognitivo.

Pero esa escisión es precaria, pues sólo puede sustentarse o bien en la negación de la posibilidad del conocimiento o bien en la afirmación del conocimiento absoluto, y ambos son insostenibles (porque la imposibilidad de certeza no se puede afirmar con certeza, y el conocimiento absoluto no es conocimiento). Quedaba abierto el resquicio enorme, por donde se metería nuevamente el prejuicio que se creía haber eliminado. Y así fue que se produjeron profundas y peligrosas regresiones culturales que están a la vista, de las cuales el nacional socialismo con sus múltiples variantes es el mayor paradigma. Su poderosa atracción para las grandes masas amenazadas por la anomia se explica por el fracaso de la cultura moderna en cumplir la función integradora de la religión arcaica.

¿Es posible reemplazarla? Si tuviéramos dudas al respecto no nos eximirían de intentarlo. ¿Tenemos una pista? Sí, en un dedal: trabajadores libre y democráticamente asociados para planificar la producción social tendiendo a la escala universal, auto-educándose y creando a la vez nuevas instituciones que puedan reemplazar las existentes.

¿Por dónde empezar? Por la cooperación directa para investigar en y por medio del ejercicio de la profesión. ¿Podemos indicar algún ejemplo de cómo se puede superar de ese modo la escisión entre teoría y práctica, entre investigación fundamental y aplicada? Sí, Sigmund Freud. ■